

EL ESPEJO

POR MIGUEL MOLINA RABASCO

Moreli era un sabio. Toda la gente, en el pueblo, lo decía: el cura, en el púlpito, le ponía como ejemplo de virtud e inteligencia; el boticario, en su tertulia, hablaba de él encomiásticamente, alabando sus muchos conocimientos e ingenio inventivo; el médico le consultaba sobre casos oscuros de su profesión; en fin, todos hablaban con veneración de su persona y todos acudían a él en demanda de luz para sus dudas y de soluciones para sus conflictos.

Moreli había escrito numerosos libros, tanto científicos como filosóficos que, lujosamente encuadernados, podía verse en la biblioteca municipal; y nadie se atrevía a tocarlos por el gran respeto que

les infundían y porque se consideraban torpes e incapaces para comprender los profundos y trascendentales problemas que allí se estudiaban.

Cuando algún forastero llegaba a la pequeña ciudad, tanto el mozo de estación que le llevaba las maletas, como el dueño del hotel, o el cocinero, o el señor a quien visitaba, le hablaban de Moreli y de sus descubrimientos. No había un solo ser, en aquellos contornos, que no le conociera y le tuviera afecto.

Un día... El boticario fué el primero en saber la noticia. En seguida avisó al cura, al médico y a otros amigos y admiradores de Moreli. Todos llegaron intrigados. Cuando conocieron el hecho, unánimemente, exclamaron: ¡Es asombroso! Decidieron ir a verle para conocer con detalle el portentoso invento. Por el camino, entre cálidos comentarios, decían: ¡Es un genio! ¡Es un genio!

Moreli estaba en su cuarto de estudio. Gruesos libros veíanse, unos abiertos, otros cerrados, por la mesa y estantes. Con amabilidad ofreció asiento a sus visitantes y luego fué explicándoles su invento, haciendo una detallada exposición de su fundamento científico y de su modo de funcionar. Claro es que ninguno comprendía ni sus palabras, ni sus tesis, ni sus endiabladas proposiciones; pero, no obstante, le escuchaban en religioso silencio. Como ya saben —dijo finalmente— es un espejo que refleja la imagen espiritual de los seres. En él aparecen tal y como son interiormente, si cobardes o arrojados, buenos o malos, veraces o hipócritas,

listos o necios. Y ahora, háganme el favor de pasar a esta habitación. El aparato lo he cubierto con esa tela para protegerlo. Más, antes de descubrirlo y comprobar sus efectos, me creo en el deber de advertir a ustedes de las consecuencias que ello pudiera traer. Si algo sabemos en esta vida, es que nunca nos conocemos lo suficiente nosotros mismos. Igual que formamos una idea más o menos acertada de como son nuestros amigos, las demás personas, formamos otra de nosotros y vivimos en la creencia de que es verdad. Alguien ha dicho que hay tres sujetos en

cada individuo: Uno, el que la gente se imagina; otro, el que él mismo se cree; otro, el que en realidad es, tal y como Dios le hizo. Y siendo eso verdad, fácil es suponerse la tremenda perplejidad de quien, de pronto, se ve diferente de como se creía. Así, pues, si ustedes están tan conformes consigo mismos como para no tenerse miedo; si creen que obraron como debían, como cristianos convencidos; si no tienen nada de que avergonzarse; si quieren conocer como verdaderamente son, sin paliativos ni excusas, para alcanzar una más alta perfección; si están dispuestos a mejorar en su bondad, dejando atrás el egoísmo, y ese deseo de lo prohibido que se calla y alimenta en lo más hondo, y ese odio encubierto hacia quien, hipócritamente, se ha sonreído y saludado con afectuosidad; si se ha de conseguir no realizar otra vez esa acción falaz que la gente desconoce, y ese engaño de que se ha valido para alcanzar determinados fines, y las bajezas que por cobardía, envidia o soberbia se han cometido; para resumir, si no temen que sus hechos deformen y manchen la imagen del alma, o creen que la

prueba ha de ser justificada sus vidas sus conductas, al espejo. Voy a descubrirlo.

Uno le detuvo.

—Yo no puedo resolver algo urgente.

Y un segundo:

—Es tarde ya.

He de marcharme.

Y todos, uno a uno, poniendo pretextos.

Moreli sonreía, cuando todos se fueron.

A toda prisa, como los persiguiera, el invento, tiró de la cubierta y vióse, sentada, una vulgar tina, simplemente colocada.

¡Qué estupor el de los «honrados» por un momento es el espejo! Pero ha sido esto un maravilloso? ¡Me hipotético espejo ha existido, esta ha reflejado, instantes, la imagen de unos hombres muchos!

Lucena, 11 de julio de 1955